

La violencia del desamparo. Dolor-amparo-ley-deseo*

Javier García**

En Psicoanálisis la violencia no tiene un estatuto único definible. Puede ubicarse como consecuencia de una puesta en acto pulsional, por una desmezcla y “acting” de la pulsión de muerte o de una pulsión sexual parcial, por ejemplo, como consecuencia de un sadismo superyoico en una estructura de características sadomasoquistas y en formas donde la desmentida de la castración como ley se organiza como perversión, psicopatía y/o sociopatía. Pero también podemos ver la violencia secundaria a heridas narcisísticas, a funcionamientos melancólicos y a estructuras psicóticas en general. Es decir, no tiene un estatuto definido y único.

Enfrentados al tema de la violencia en el adolescente nos encontramos en esta multiplicidad citada, como en cualquier franja etaria, pero corresponde agregar con énfasis la importancia del contexto social y cultural en donde está el sujeto en cuestión.

Ubicar o conceptualizar la influencia del contexto social y cultural en el psiquismo, sigue siendo un problema abierto y complejo. No alcanza el Psicoanálisis para abordarlo. Pero además requiere dislocar una antigua idea psicoanalítica de un

* *El presente artículo es una revisión reelaborada del que fuera presentado en las Jornadas sobre Violencia Social y Adolescencia organizada por el Laboratorio de Adolescencia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en 2005 y luego publicado en la revista Relaciones.*

** *Miembro Titular de APU. Bv. Artigas 2654. E-mail: gp@adinet.com.uy.*

aparato psíquico cerrado y claramente separado de su entorno.

Freud no estuvo omiso en el tema, en especial en los textos que se ocupa de la cultura y los fenómenos sociales. También su modelo de psiquismo da entrada a la cultura en su concepción de superyo-ideal del yo. Estableció un nexo entre los fenómenos de masas y los conceptos psicoanalíticos de Edipo, castración y parricidio. Se podría decir que Freud fue hacia los fenómenos de masas desde sus hallazgos clínico-teóricos y no al revés. Es decir, no parece haberse interrogado acerca de cómo los fenómenos sociales participaban en los funcionamientos psíquicos. Podría haber sido un desafío demasiado grande para una ciencia que nacía y necesitaba delimitar su campo y su objeto. Pero no es la situación actual. Explicar fenómenos sociales o grupales con el solo recurso al Edipo, la castración y el parricidio, no sólo parece dogmático e inocente, sino que puede desembocar en asignaciones y denegaciones que inventan un fenómeno a la vez que lo sitúan fuera de la posibilidad de cambio.

La adolescencia es muchas veces estigmatizada socialmente, policialmente, y lo policial no sólo se refiere a la Policía sino a una actitud y función social de los ciudadanos y de las profesiones, dentro de las cuales la psiquiatría, la psicología, la asistencia social y la docencia están especialmente implicadas. Hemos escuchado también posiciones psicoanalíticas de carácter policial respecto a la violencia adolescente y a las drogas. En este aspecto es importante detenerse a estudiar la complejidad de las situaciones y no limitarse al impacto y las respuestas inmediatas que desde las distintas disciplinas puedan darse. Esta complejidad es a la vez social y psíquica y nos involucra a todos los integrantes de la comunidad. Cuando respondemos sólo o fundamentalmente desde una modalidad policial, en cualquier disciplina, lo que en general se hace disimuladamente, en forma maquillada por la razón, la buena fe y la ley, no hacemos sino sostener y consolidar los mecanismos que están en la base de esa violencia.

Al abordar estos temas, como psicoanalista, siento a la vez una limitación y una incomodidad. Limitación para abordar el

tema desde una práctica y teoría que se ha construido fundamentalmente en la intimidad de nuestros consultorios y en el recorte contextual de nuestros encuadres. Incomodidad que me provoca la oposición entre una concepción cerrada del psiquismo, donde la fantasía inconsciente se impone y se sustrae del contexto socio-cultural y otra donde el contexto social y las ideologías se imponen sobre las singularidades de cada sujeto, sus deseos y pasiones en conflicto.

Frente a la hiper-complejidad de los fenómenos el recurso a crear opuestos -polaridades- y a la simplificación, ha caracterizado al pensamiento humano, lo que es entendible pues ¿cómo preguntarnos e investigar todo a la vez? Pero en los extremos de esos polos y en el fulgor de las pasiones ideicas hubo quienes plantearon el advenimiento del “hombre nuevo” desde una transformación social de concepción fuertemente ideológica y otros lo vieron nacer desde las transformaciones de un proceso psicoanalítico personal. “Good bye Lenin” puede tocarnos en el humor reflexivo sobre nuestros ideales, sin destituirlos en su esencia. Hoy ¿quién cree ya en este nacimiento del hombre nuevo? Son creencias y, éstas nos dan fuerza para vivir y hacer cambios. También nos provocan cegueras. Pero hay realidades que se imponen, irrumpen en el campo visual a pesar nuestro, sin decirnos sus secretos, como toda visión.

Nosotros tenemos algunos conocimientos que proceden del psicoanálisis, de la sociología, de la historia y del cruce de estas disciplinas que nos permiten, al menos, abrir algunas preguntas: En pleno empuje pulsional y re-actualización del complejo de Edipo vivido (también) en escenarios extra-familiares y desde grupos de alianza fraterna, ¿hay una violencia sexual rival y parricida con la que las generaciones jóvenes amenazan tanto a las estructuras sociales existentes, a otras fraternidades rivales (bandas, grupos urbanos, grupos deportivos, etc.), como a las generaciones mayores? ¿Hay una reacción filicida consecuente con esa violencia y con los propios deseos parricidas vistos en los jóvenes? ¿Despiertan esas vidas jóvenes una violencia adulta por sentirlos tan lejos de un final y por verlos erguirse

“fantásticos” frente a la vida en contraste con nuestros achaques corporales e ideales?

Estas son algunas de las preguntas que el Psicoanálisis permite formular y abrir a la discusión, pero ellas encuentran en el encuadre psicoanalítico un fundamento que no es fácilmente trasladable a una realidad grupal o social.

Podemos abrir entonces otras preguntas.

¿Tiene la adolescencia una violencia que le es propia y diferenciable como consecuencia del funcionamiento psíquico en ese momento de la vida o ésta queda inextricablemente unida a las condiciones sociales donde el adolescente esté ubicado, en relación con la sexualidad, la exclusión, la violencia social y sus consecuencias: adicciones, bandas, delitos, etc., y en relación con los cambios en las estructuras familiares y barriales que caracterizaron otras épocas?

¿Hay una asignación de violencia que la sociedad realiza sobre los adolescentes?

¿Podríamos pensar que los adolescentes tienen una tendencia a denunciar violencias, corrupciones y falsedades de la sociedad que empiezan a habitar directamente y con la cual comienzan a interactuar?

Violencia social mediante exclusiones económicas, étnicas, culturales, generacionales, etc. Estas segregaciones generan a su vez estrategias de supervivencia a la violencia social y la exclusión: formación de grupos o bandas, actividades informales semi-delictivas o delictivas, etc. Sobrevivencia física pero también sobrevivencia como sujetos, o necesidad de ser reconocidos por otros (“subculturas” y neo-códigos que permiten reunir a los excluidos del sistema en nuevos grupos que otorgan lugares, identidades, funciones y protección relativa).

¿Qué más violencia que la que provoca la enorme brecha social de recursos económicos, abrumadora en América Latina, donde a quienes están privados de cosas básicas se les recortan violentamente las expectativas de futuro?

Estas y otras preguntas encuentran sus fundamentos y vigencia en lecturas sociales posibles.

Frente a estas realidades que compartimos las diferentes generaciones o que podemos observar a cada paso, en cada esquina, seguir suponiendo la grandiosidad y exuberancia adolescentes no dejan de ser imaginerías fantásticas que desconocen lo difícil que es vivir en cada época de nuestras vidas, que siempre estuvimos más o menos jaqueados, sabiéndolo o no, y que somos frente a ello -y todas las generaciones lo somos-, resistentes, afanosamente persistentes en nuestras ansias de vivir, a veces incomprensibles ante tantas dificultades. Se sobrevive de muchas formas, algunas tan limítrofes con la destrucción y la muerte, con tanta anestesia al dolor o, por el contrario, con tanto goce en el dolor, propio o ajeno, que la muerte pierde su perspectiva de fin inevitable y se arma a cada rato como peripecia siniestra de la propia vida.

Traeré algunos ejemplos breves a los efectos de abrir esta encrucijada a la discusión.

La conducta destructiva con mobiliario público de la ciudad es frecuente. Vemos cotidianamente el daño a los teléfonos públicos y a los tachos de residuos y papeles ubicados en columnas y árboles. No se trata de un robo de algo a utilizar sino del destrozo de algo público para luego llevarse sus restos como trofeo donde parecería que el goce del acto de destruir es lo que predomina. Pienso aquí en algún material clínico así como en hechos sociales a los efectos de proponer pensar en la ajenidad, la exclusión y el no ser reconocido, como motivos de la liberación de un goce en la destrucción. En otros textos he planteado que es el reconocimiento desde el deseo lo que permite la inscripción psíquica a través de la represión originaria, lo que provoca una primer mezcla pulsional al ligar el goce de la pulsión parcial a una huella o signo. El fracaso de este reconocimiento por el deseo se manifiesta en un goce de la pulsión de muerte, cercano a lo que conceptualizamos como masoquismo primario y destrucción.

Me referiré ahora a un par de ejemplos públicos, espectaculares y tomados por los medios de difusión.

1) El asesinato en el local conocido como *Inter bailable*,

en febrero de 2005, tuvo un formato que excedió al asesinato. Reproduciré la noticia periodística:

Feroz asonada en el Inter bailable culminó con un muerto, destrozos, y varios policías heridos.

La noche se desarrollaba normalmente en el Centro bailable de música tropical ubicado en el cruce de las calles Marcelino Sosa y Yatay. A las tres de la mañana se desató el caos que culminó con la muerte de un joven y varios heridos.

En momentos en que el baile estaba en su mejor momento, con la orquesta Altos Cumbieros haciendo el deleite de los presentes, tres desconocidos ingresaron al local saltando por un muro lindero.

Entre la multitud, los pistoleros se acercaron sigilosamente a F. D. C. A., de 23 años, extrajeron de entre sus ropas un revólver y le dispararon en la cabeza causándole la muerte.

Los que presenciaron el asesinato corrieron por la sala empujando a varios desconcertados bailarines que continuaban moviéndose al ritmo de la música.

Algunos de los amigos del fallecido trataron de detener al agresor, que sin mediar palabras abrió fuego contra ellos.

Del tiroteo resultaron heridos cinco jóvenes que al parecer ni siquiera conocían al fallecido. Entre ellos, una menor de 15 años que fue alcanzada por una bala que impactó en su espalda.

Cuando el joven cayó muerto, tres personas lo tomaron de los pies y de las manos y lo corrieron para un costado «así no molestaba» mientras bailaban.

Y la banda siguió tocando.

Cuando los efectivos policiales llegaron al lugar, no podían creer que la música siguiera sonando y que cientos de jóvenes continuaran bailando estando allí el cadáver como que nada hubiera pasado. Mientras se sucedían los disparos, el encargado del baile decidió continuar con la música porque dijo: «los que asisten al baile son personas con problemas, que necesitan sacarse las amarguras bailando».

La Policía desalojó inmediatamente el local, obligando a que los jóvenes salieran del baile y se retiraran a sus domicilios.

Lejos de calmar los ánimos, cuando la muchedumbre alcanzó la calle, estalló el caos. Con palos, botellas y piedras una horda de entre 100 y 300 personas comenzó a destrozar todo lo que estuviera en su camino, sin importar si se trataba de coches, casas, transeúntes o policías.

Algunos subieron a los techos de las casas y desde arriba tiraban piedras y rompían ventanas. Otros rompían volquetas, ventanales y robaban comercios.

Un cuida-coches que estaba durmiendo contra una pared lindera a la sala bailable fue atacado por una de las pandillas que, a golpes, le provocó una ceguera permanente.

Los vecinos corrían por la calle tratando de escapar, mientras que con gritos de «te voy a matar, te voy a matar» la encolerizada multitud los perseguía.

Durante poco más de media hora, (el barrio de) la Aguada fue tierra de nadie. Un muerto y quince heridos. El autor del mortal disparo logró escapar.

Al otro día el mismo diario informaba:

El feroz pistolero resultó ser un adolescente apodado “el Nano”, de 15 años de edad, que cuenta en su haber con varias anotaciones por distintos delitos y que en realidad quiso matar a otro joven, de 18 años, por problemas pendientes de otro baile, al que hirió, pero en el medio del tumulto mató al joven de 23 años.

2) Un mes más tarde la noticia se situaba en el bailable Shake de la Av. Centenario:

Sucesos de violencia, habituales en la conflictiva salida del local bailable «Shake» (ex «By Pass»), reaparecieron casi como un nuevo Inter bailable.

Los distintos periódicos informaban: «Atacan a policías saquean y destrozan», «Destrozos y detenidos por trifulca en (el barrio de) La Blanqueda», «A la salida del baile rompieron

todo a su paso y robaron osos de peluche”.

Hubo distintas versiones.

Una noche como cualquier otra:

En el carrito de chorizos y hamburguesas se recordaron otros fines de semana mucho más violentos que el último, con tiroteos grandes y se apuntó que en 4 años habían recibido 18 robos. En la estación de servicio –situada también en 8 de Octubre y Centenario- tampoco circulaban versiones de una noche atípica, simplemente vidrios rotos y sangre en el piso, «lo normal”. Un empleado comentó que, los fines de semana, muchas personas compran pequeñas cantidades de nafta para utilizarlas como sustancia psicoactiva.

Mauro, limpiavidrios de 26 años, dijo que trabaja de lunes a viernes, pero los fines de semana no porque «está lleno de rastrillos. Me rompen los autos y el responsable soy yo, por eso no puedo venir a laburar. Yo no puedo venir porque me como una paliza o me como un garrón” señaló el moreno, lampazo en mano, y también mencionó los «cantes» cercanos a 8 de Octubre (Malvín Norte, Ituzaingó, etc.).

Los vecinos consultados telefónicamente dijeron haber vivido una noche normal de sábado, con los gritos, trifulcas y roturas de vidrio habituales.

Un apuñalamiento... normal.

Un joven de 29 años que comentó su estadía en la Colonia Berro, varios hogares del INAME y el COMCAR, aseguró conocer a los protagonistas de la pelea y las causas del trezamiento de dos barras.

«Estaban unos pelados acá, una barra que se conoce desde que estaba en cana. Se conocían... el loco le había canalleado a la mujer. Y cuando estaban presos tuvo un cruce, le pegó un par de puñaladas. Se encontraron acá en el baile... y a eso de la una y media fue la camorra. Ellos estaban acá en el quincho (el Pool, La Proa) y salieron. Entonces se agarraron a las piñas y a uno le pegaron una puñalada acá. Entonces salió toda la barra a agarrarse a botellazos y esas manos, y tá, después salieron los milicos de acá”.

Sobre la intervención de la policía, contó: «Media hora después que se armó el bardo y se fue todo el mundo, aparecieron, miraron y se fueron. Siempre es lo mismo, vienen un rato y se van. El otro sábado hubo una pelea acá. A una botija la dieron contra el piso, la llevaron contra la esquina a patadas y piñazos, cinco botijas eran, y nadie se metió... los botones vinieron a la hora».

La mezcla entre romper todo y robar ositos de peluche parece un recurso literario o periodístico y si lo escuchamos en un paciente pensaríamos en una discordancia psicótica. Sin embargo ahí están esos actos juntos, en sus extremos y en su humanidad.

El encargado del Inter bailable pareció tener cierta razón al no interrumpir el show, visto lo que pasó luego, pero la sorpresa de los policías nos resulta totalmente compartible a los que leemos la noticia o vemos esos hechos desde fuera. Las distintas versiones allí recogidas, nos muestran cómo un hecho tiene tan diversas lecturas, desde contextos y ángulos todos reales y humanos.

Cuando tras estos acontecimientos nos encontramos con la respuesta dada por la justicia, la internación bajo medidas de seguridad del “Nano”, parece evidente la pequeñez e inermidad de la respuesta en relación con la complejidad y gravedad de los acontecimientos.

En estas violencias no están en juego principalmente las características de la sexualidad y violencia de los adolescentes y la juventud en general, sino los estallidos caóticos de grupos, que funcionan en una estructura social deshecha en su trama de redes de relaciones, por donde deberían circular los intercambios sexuales y rivales en un contexto de reconocimiento humano de los que integran esos grupos. La rotura de estas redes sociales abrió a la formación de otras estructuras grupales, o la multiplicación de las ya existentes, que implican otras redes con otros códigos. Esto constituye un problema social de enorme trascendencia pero que tiene efecto también en el funcionamiento

psíquico, de enormes consecuencias. Cuando las redes sociales incluyentes, de reconocimientos e intercambios, no funcionan, el sujeto de deseo, el que depende del deseo de los otros y de la sustitución simbólica de objetos, declina ante la prioridad e inmediatez que adquiere la satisfacción pulsional parcial, que no reconoce otros semejantes y diferentes, sino objetos ajenos, parciales, con quienes gozarse en actos destructivos. No podemos decir que en estos actos, en estos funcionamientos, no haya también humanidad. Ello no haría sino confirmar la exclusión cada vez mayor a través del desconocimiento, la sanción y la reclusión. El desafío es reconocer allí la humanidad, en la enormidad de la grieta que existe entre el romper y matar y los osos de peluche. El dolor de esa grieta, es de dimensiones no fácilmente subjetivables y, por eso, actuado, en el goce de hacer ajeno o inexistente, aquello que no nos ha reconocido en las heridas de nuestra necesidad de ser mirados, vistos y escuchados. Destruir la ajenidad desde la que no soy mirado.

Podemos preguntarnos qué lugar ocupa aquí la Ley que prohíbe destruir, romper, matar, a otro o a algo de otros. Es tardío cuando la Ley se identifica con buscar y castigar culpables. Es limitarla al derecho, la acción policial y judicial. Recordemos que el asesino era un chico de 15 años con antecedentes de varios delitos, es decir, toda una historia de vida condensada en ese acto asesino. Lo judicial y lo policial actuando aisladamente pueden entrar en un circuito de prohibición y castigo muy cercano a un círculo de violencia paranoica sin fin, que no promete cambios; como seguramente le fue aplicada muchas veces a ese chico-asesino. La Ley que introduce lo simbólico a nivel social y en cada sujeto, está en la inclusión y en el amparo que limita, con fuerza de Ley, la destrucción. Es decir, introduce el NO y lo sostiene con fuerza, pero desde el amparo y el reconocimiento de la alteridad y la diferencia del semejante, en sus rasgos, historia de vida, entorno cultural y receptor múltiple de violencias sociales. El “No” de quien sostiene con fuerza un ordenamiento social simbólico, en sus diferencias y matices de grupos que integran la comunidad, requiere ser un NO que

ampara, es decir, que no responde sólo ni principalmente con violencia represiva. Desde las disciplinas que piensan estos problemas la violencia también está en responder con un saber, establecido a priori, a aplicar.

Deseo, Muerte y Ley tienen una fuerte relación dialéctica. Para que el desgarramiento del dolor de pérdidas, para que algo de las mordidas de la vida se haga deseo, alguien tiene que aparecer allí como sujeto que mire y vea, que hable y escuche, más allá del espectáculo. Que de alguna forma ampare con su presencia incluyente y que deje ser, cuando no sabe más qué hacer pero sigue ahí acompañando, abriendo guetos y armando redes de relaciones. Nosotros sentimos la dificultad y el desconcierto porque no sabemos cómo mirar tanto dolor y tanta furia y porque, además, creemos que tenemos que saber qué hacer o encontrar al culpable que no supo qué hacer, y buscarlo con la misma furia.

Tras el reciente episodio¹ de la Colonia Berro y aun con las vacilaciones del saber qué hacer de las autoridades, podemos sin embargo reconocer que hubo presencia comprometida. Es fácil saber qué hacer sin compromiso y en aplicación por la fuerza de un orden sordo. Dejar todo el procedimiento en manos de profesionales o técnicos del orden y la violencia: los escuadrones o comandos especializados de la policía, ha sido una característica hasta ahora. Al menos, en el medio de los brutales actos, hubo quienes pudieron escuchar que ese acto de destruir las instalaciones tenía sus palabras. Eso no puede seguir existiendo. Uno de los amotinados dijo: “aquí, no queremos volver nunca más”. No deberíamos conformarnos con una escucha inocente, es cierto, pero mucho menos, como hasta ahora, conformarnos a que no exista ninguna escucha, ni compromiso personal e institucional. La violencia del desamparo social.

1 Referido al motín e intento de fuga de la Colonia Berro (2005) en el que intervinieron autoridades parlamentarias.

Resumen

La violencia del desamparo

Dolor-amparo-ley-deseo.

Javier García

La violencia en psicoanálisis no tiene un estatuto único definible ni en la metapsicología ni en la psicopatología y el contexto social donde está el sujeto en cuestión es de singular importancia para que el funcionamiento psíquico opere en el sentido de la violencia.

Tampoco podemos establecer un nexo entre adolescencia y violencia. Podría resultar una estigmatización más sobre la adolescencia y el riesgo de que distintas disciplinas y profesiones se sitúen, como tantas veces, dentro de una velada función policial.

Se plantean dos acontecimientos públicos de violencia ocurridos en 2005 y se menciona uno más reciente así como se hace mención a una situación de análisis (no publicada por razones de discrecionalidad). Se propone pensar que la exclusión, la ajenidad, la falta de reconocimiento, motivan en mayor grado la liberación de un goce en la destrucción.

Summary

The violence of abandonment.

Javier García

Violence in psychoanalysis does not have a single defining rule neither in metapsychology nor in psychopathology, and the social context where the subject in question lies, is outstandingly important so that the psychical functioning operates in the sense of violence. Neither can we establish a link between adolescence and violence. It could turn out to be a further stigmatization on adolescence, and there's the risk that different disciplines and professions set themselves, as it has happened more than one, within a veiled police function.

Two public violent events that took place in February 2005 are put forward and another one that happened more recently is mentioned as well as an analysis situation (not published on account of discretion).

It is proposed to think that the exclusion the detachment, the lack of acknowledgment give rise to the liberation of pleasure (joy) in destruction.